

Papeles de trabajo #3

La violencia en la vida cotidiana

IV Jornadas
Nacionales
de Salud Mental

**Las tramas
del cuerpo hoy**

14 y 15 de septiembre
2018. Córdoba

Panel

**Juan Carlos Mosca
Analía Villamayor
Daniel Aksman
Hilda Mónica Dordal
Carlos Luis Mercado
Daniel Ripesi
Juan Pawlow**

La violencia en la vida cotidiana

Papeles de trabajo #3

La violencia en la vida cotidiana

EDITA Fundación
Medifé

COLECCIÓN
LECTURAS ÉXTIMAS
Dirigida por Mariana Trocca

**Papeles de trabajo #3: La violencia en la vida cotidiana
Distribución gratuita**

©2021, Fundación Medifé Edita
Fundación Medifé Edita
Lima 87, piso 8
Ciudad Autónoma de Buenos Aires (C1002)

www.fundacionmedife.com.ar
info@fundacionmedife.com.ar

Dirección editorial
Fundación Medifé

Editora
Daniela Gutierrez

Directora de Colección
Lecturas éxtimas
Lic. Mariana Trocca

Equipo editorial
Lorena Tenuta
Catalina Pawlow

Diseño colección
Estudio ZkySky

**Diseño interior y
diagramación**
Silvina Simondet

Hecho el depósito que establece la ley 11.723. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Acerca de la colección

El nombre de esta colección incluye un neologismo inventado por Lacan (extimidad) que conlleva una paradoja: algo que sin dejar de ser exterior nombra aquello que está más próximo, lo más interior. Lo éxtimo es lo íntimo, lo más íntimo que no deja de ser extraño. Esta colección será oportunidad para lecturas que vienen de otros campos que, sin ser del psicoanálisis, guardan con él una relación de extimidad.

Apostamos a lo inédito, letras de otros sin publicar. Invitamos a que otras disciplinas nos muestren sus obstáculos, sus preguntas, dejarnos llevar por el decir de otros y en su lectura adentrarnos en lo lejano para luego, al modo de la banda de Moebius, zambullirnos en lo más cercano de nuestra praxis. Es nuestro deseo volvernos un poco extranjeros a nosotros mismos y jugar con las letras de un nuevo decir para volvernos otro, por un rato. Y así, en ese juego reordenar lo propio de otra manera para finalmente recuperar el gusto de lo conocido.

En la serie *Papeles de trabajo* se publican distinto tipo de textos producidos por integrantes de los equipos de salud mental de Medifé. Se trata tanto de trabajos presentados en jornadas y coloquios, como también de textos producidos en el interior de nuestros debates y como producto de reflexiones surgidas en reuniones de equipo. Consideramos importante poner en circulación la lectura sobre nuestro quehacer y dialogar a través de la palabra escrita, como una salida exogámica que nos confronta con otras escuchas y nos obliga a ser estrictos en la transmisión de nuestras lecturas.

Mariana Trocca

Índice

Apertura

Juan Carlos Mosca _____ 11

Violencia ubicua, atemporal y proteica

Analía Villamayor _____ 13

Violencias de hoy y de siempre. Perspectivas desde el psicoanálisis

Daniel Aksman _____ 19

La violencia en el ámbito de la salud y sus actores

Hilda Mónica Dordal y Carlos Luis Mercado _____ 25

Trauma y ruptura

(Heridas a la espera de un cuerpo)

Daniel Ripesi _____ 31

Violencia del lenguaje

Juan Pawlow _____ 35

Apertura

Juan Carlos Mosca

En nombre del equipo de Salud Mental de Medifé, les doy la bienvenida al panel “La violencia en la vida cotidiana”.

Hemos tenido, hasta ahora, diez mesas con treinta trabajos clínicos de colegas de nuestros equipos de atención en salud mental y seguiremos mañana con otras cuatro mesas.

En cada una de estas instancias se exponen reflexiones sobre los temas que nos ocupan y nos preocupan, principalmente generadas a partir de aquello que recibimos en nuestros consultorios.

Pero también, como lo hicimos en las jornadas anteriores en la ciudad de Mendoza, quisimos reservar un espacio para pensar ciertos fenómenos que podemos abordar desde nuestra mirada hacia afuera de los consultorios. Lo que nos convoca dentro y fuera de los ámbitos de consulta, si me permiten decirlo, como la figura topológica de la botella de Klein.

En Mendoza abordamos el tema de la segregación, impactados por el drama de los migrantes. Recordarán ustedes la foto del niño sirio ahogado en las costas de Turquía cuando, junto a su familia y muchas otras familias, huían de la guerra, tratando de llegar a Europa. ¿Qué podemos decir de estos fenómenos sociales y políticos?

Un año y medio de reuniones y conversaciones dieron forma a aquel panel. Hoy de alguna manera retomamos, con otro tema –violencia y época– cierta continuidad y, además, una metodología. Las exposiciones que se presentan son el resultado de una conversación que hemos mantenido durante cerca de un año, en reuniones periódicas, intercambios de mails, lecturas compartidas. Cada trabajo es una conclusión individual de cada expositor, marcada por el intercambio y la conversación grupal.

Queremos compartir el resultado de esa conversación, pero conservando el registro dialógico. El orden en que se presentan los trabajos no es azaroso, creemos que hay allí un hilo que enhebra significados.

En primer término, el texto de Analía Villamayor, “Violencia ubicua, temporal y proteica”. Analía es coordinadora del equipo de Salud Mental en la localidad de Campana, Provincia de Buenos Aires. Daniel Aksman, autor de “Violencias de hoy y de siempre, perspectivas desde el psicoanálisis”, es coordinador del equipo en Lomas de Zamora. En tercer lugar, Hilda Dordal y Carlos Mercado trabajaron juntos en la producción del texto “La violencia está presente en los sistemas de salud”. Hilda es auditora médica de Medifé en la ciudad de Bariloche. Finalmente, Daniel Ripesi, coordinador del equipo de la localidad de San Miguel, nos interpela con su trabajo “Trauma y ruptura, heridas a la espera de un cuerpo”, y en último término, Juan Carlos Pawlow, autor de “Violencia del lenguaje”, es coordinador del Equipo de Salud Mental de Medifé de Morón, Provincia de Buenos Aires.

Violencia ubicua, atemporal y proteica

Analía Villamayor

En el presente, en la sociedad que conocemos, el ejercicio de la violencia es afrontado de modo contradictorio. Por un lado, la violencia es aborrecida, considerada un mal moral y un crimen; pero por otro, se la ejerce de infinitas formas, en diferentes grados, cotidianamente, muchas veces naturalizada, otras sin tener conciencia de ello. Mencionaré dos ejemplos de una serie no menor. El primero de ellos, los videojuegos y deportes que permiten ubicar regocijo o diversión en la violencia. El segundo nos remite a cuando la violencia es considerada una necesidad y esto legitima que se ejerza justicia por mano propia. Continuar ejemplificando abriría un abanico que mostraría cómo el término se emplea para actos de intensidad y sentido diferente.

El uso del término “violencia” se ha expandido y las significaciones se han multiplicado. Una de ellas surge de su conjunción con el adjetivo “contemporánea”. Recorto este atributo que me interroga, dado que los fenómenos de violencia tienen la edad del hombre. Recurriendo a la historia, el filósofo coreano Byung-Chul Han fundamenta un proceso que denomina “interiorización física de la violencia”, llamando así a uno de los desplazamientos fundamentales de la misma.

La sociedad griega sancionaba la violencia física, incluso la tortura, como un medio sensato y natural para un fin. Omnipresente y cotidiana, no solo se ejecutaba, sino que además se exhibía. Se la aceptaba como un destino y hasta se la consideraba un alivio para el alma pues permitía exteriorizar el sufrimiento. Siglos después, en Roma, la lucha de gladiadores y las más crueles ejecuciones no eran en absoluto

un entretenimiento de masas, sino culto al emperador y servicio a la comunidad. La violencia no era muda ni se mostraba medio desnuda, sino elocuente y sustancial pues su puesta en escena era un elemento central y constitutivo de la comunicación social.

Avancemos en el tiempo: siglo xvi; los invito a sumergirse en una biografía elegida al azar, la biografía de María Estuardo de Paule Henry-Bordeaux. Época de insoportable violencia para nuestra subjetividad. Sin embargo, ya se advierte en ese período un cambio sustancial en su ejercicio: el intento de disfrazarla, de justificarla, de responsabilizar al otro.

Lo dicho nos recuerda una advertencia que Freud realiza en *El malestar en la cultura* cuando dice, refiriéndose a quienes han padecido violencia: “Podemos retroceder espantados frente a situaciones del pasado... pero nos resulta imposible una compenetración empática con esas personas” (Freud, 1996, p.88) No es posible reemplazar las constituciones anímicas desconocidas por la propia.

Según el filósofo mencionado, en la modernidad se produce un cambio. No solo la violencia directa comienza a retirarse del escenario político y público, sino que además empieza a perder legitimidad en casi todos los ámbitos sociales y deja de mostrarse con ostentación como ha ocurrido con los duelos, que terminan siendo penalizados, o la pena de muerte, que deja de ser un espectáculo.

Byung-Chul Han afirma que nos confrontamos con un desplazamiento topológico de la violencia, aunque sin perder su cualidad de atemporal, ubicua y proteica.

Por un lado, se desplaza de lo visible a lo invisible, de lo directo a lo discreto, de lo físico a lo psíquico, de lo material a lo mediado, de lo frontal a lo viral. Por el otro, la violencia toma la forma de “conflicto interior”. Las tensiones destructivas no solo se descargan hacia afuera, sino que además se disputan internamente. En efecto, la violencia tiene en la actualidad un estatuto diferente.

Desde otra perspectiva, agreguemos que por efecto de los discursos que han atravesado la historia, se ha ido gestando un cambio profundo en la respuesta subjetiva a los actos del otro. No solo ya no se acepta lo que antes era “normal”, “costumbre”, o “establecido” sino que se ha desarrollado una nueva sensibilidad. Se ha organizado un Otro social

que la recibe de modo diferente. Testimonio parcial de lo dicho es la verificación de cómo los tiempos modernos han sido prolíficos a la hora de nombrar formas de violencia ya existentes. Así surge el plural “las violencias”, pues se singularizan sus formas de acuerdo con diferentes variables: femicidio, *bullying*, acoso, violencia en la escuela, en la familia, maltrato infantil entre muchas otras.... Y esto con consecuencias.

Pero la violencia no disminuye.

Freud nos advirtió que el hombre no es un ser de bondad. Existe en él “una tentación para satisfacer en el prójimo la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo”, (Freud, 1996, p. 108) “impulsado por sentimientos de desautorización y hostilidad que solo en virtud de la represión no son percibidos” (Freud, 1993, p. 96).

El concepto de violencia no pertenece al psicoanálisis y casi no es empleado en la obra de Freud y Lacan. Con Freud, la violencia queda articulada al concepto paradójico de pulsión de muerte la cual en tanto estructural persiste en cualquier sistema donde se encuentren los hombres intentando vivir de manera civilizada. ¿Y cuál es la oferta del psicoanálisis?

El abordaje psicoanalítico con sus herramientas intelectuales tiene dos caminos para abordarla. El primero avanza en la formalización de las características de la época. Se trata de lo que se conoce como el determinismo del Otro social. En este nivel, el psicoanálisis cuenta, gracias a Lacan, con la teoría de los discursos. El discurso incide en las significaciones que determinan al sujeto tanto en la forma y contenido de sus dichos como en la forma de satisfacción que pueda adoptar. El psicoanálisis cuenta para trabajar lo social con nociones precisas tales como identificación, síntoma, semblante, fenómenos de masa, entre otras. Estos son instrumentos conceptuales que nos permiten a los analistas colocarnos a cierta distancia del fenómeno para poder interrogarlo. El segundo camino de abordaje es la experiencia del análisis. Esta experiencia nos muestra que, aunque la época esté signada por un discurso predominante, las formas de satisfacción no son homogéneas para todos los sujetos, como tampoco la relación de cada sujeto con su causa.

Lacan nos dice que la violencia es lo contrario a la palabra. “Lo que puede producirse en una relación interhumana es la violencia o la palabra” (Lacan, 2004, p. 468). En otros términos, es la manifestación de aquello que no accede a la estructura de la palabra. Desde esta perspectiva, violencia es sinónimo de pulsión desprendida del orden simbólico. En ella nos confrontamos con lo que Lacan llama “goce”.

Un análisis, si la violencia se ha vuelto síntoma para el sujeto, posibilita un tratamiento con el correspondiente acotamiento de goce, dejando abierta la posibilidad de una respuesta diferente; una respuesta que no implique un acto de agredir, dañar, o destruir el cuerpo propio o el ajeno.

Comparto con ustedes una muy breve viñeta de un caso clínico para articular unos últimos conceptos.

Llega al consultorio un joven de 23 años maltratado en su infancia por su madre. A los 10 años, por intervención judicial, es dado en adopción. Hace más de un año los padres adoptivos le devolvieron los papeles de adopción, decidiendo además no hablar más con él. Toda la familia adoptiva consideró al joven como violento desde niño.

Cuenta en su primera entrevista que tuvo que aprender a defenderse desde chico. En la calle hay que saber defenderse, le gusta pelear y si no lo provocan, él sabe cómo armar una pelea. Ha sido despedido de trabajos por reacciones violentas. Es de trompada fácil, cabrón, como su padre (el adoptivo).

Lacan brinda una orientación para la intervención del analista, al proponer el recurso de *faire honte*, traducido como “hacer vergüenza” (Lacan, 2012, p.195), que por supuesto, hay que resaltarlo, no va en la dirección de la moral. Esta intervención va más allá del trabajo representado por la asociación libre del sujeto y de sus ficciones. La vergüenza que supone una revelación sorpresiva del ser del sujeto a la mirada del Otro es una forma de dirigirse hacia la responsabilidad subjetiva.

Continúo con el caso: tras un tiempo, el joven comienza a hablar de su madre biológica. Comienza a nombrarla “la vieja puta” y jura matarla si llega a encontrarla. La expresión de su rostro me hizo preguntar si sería capaz de matarla. El tratamiento logra efectos y, de querer matarla, pasa tan solo a insultarla en sesión. Eso le resulta suficiente.

Siguiendo a Lacan ubicamos que la violencia no desaparece, solo es posible su regulación. Hay un resto de real que no puede ser reabsorbido por la pacificación que lo simbólico introduce en lo imaginario. Y al hablar de real subrayemos que el real del psicoanálisis es el efecto del encuentro entre el lenguaje y el cuerpo, la intrusión misma del lenguaje en el cuerpo que deja sus marcas. Un real que se escapa de la palabra, y puede empujar a la violencia como respuesta al goce del Otro.

En la tragedia de Esquilo, *Prometeo encadenado*, el personaje Violencia es el único que a lo largo de toda la obra no habla, no pronuncia ni una palabra.

Referencias bibliográficas

- Byung-Chul Han, *Topología de la violencia*. Barcelona: Herder Editorial, 2016.
- Chamorro, J., Notas tomadas del seminario "Fin de un análisis". Año 2017/2018
- Esquilo, *Tragedias completas*. Madrid: Cátedra, 2008.
- Freud, S., "El malestar en la cultura" en *Obras completas*, t. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- "Psicología de las masas y análisis del yo" en *Obras Completas*, t. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
- Henry-Bordeaux, P., *María Estuardo*. México: Biografías Gandesa, 1967.
- Lacan, J., *El Seminario: libro 5, Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- *El seminario: libro 17, El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Laurent, E., "Variaciones sobre el mal", en *Dispar. Revista de psicoanálisis y filosofía* n.º 9. Buenos Aires: Grama ediciones, 2012.
- Soler, C., *Los afectos lacanianos*. Buenos Aires: Letra Viva, 2011.

Violencias de hoy y de siempre. Perspectivas desde el psicoanálisis

Daniel Aksman

Pegan a un niño, el parricidio, el deseo de muerte, o yo o el otro, amo en ti más que a ti y por eso te mutilo, la bolsa o la vida, el ataque a la cadena significativa, la castración: son todas expresiones que testimonian que el psicoanálisis encuentra la violencia con sus modulaciones en la totalidad de la experiencia humana.

Por otro lado, hablar de la violencia implica siempre dejar algo sin nombrar. La violencia de género, la violencia estatal, la violencia en las escuelas, la violencia contra las personas, las autoagresiones, las violencias contra la naturaleza, etcétera constituyen tentativas de nombrar algo que se fuga.

Sabemos que la violencia es tan vieja como la humanidad misma, pero cualquiera sea su nombre, siempre conviene situar el contexto del fenómeno del cual forma parte antes de proceder a su interpretación.

Lacan decía que, como analistas, debíamos tener en el horizonte la subjetividad de la época: “Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época. Pues ¿cómo podría hacer de su ser el eje de tantas vidas aquel que no supiese nada de la dialéctica que lo lanza con esas vidas en un movimiento simbólico?” (Lacan, 1988, p. 309). La frase lleva a pensar que también debemos estar atentos a cómo una determinada época vive la pulsión, no solo en el sentido del Eros sino también en cómo se presenta la pulsión de muerte. Incluso había creado su Escuela como un refugio y como una

base de operaciones contra el malestar en la cultura,¹ inspirado en su experiencia con la psiquiatría inglesa después de la guerra.

En esa perspectiva vemos que la violencia no es la misma de siempre. Como psicoanalistas, las personas que vienen a vernos nos describen una violencia menos generalizada, más particularizada o personalizada como dice Gilles Lipovetzky (1983).² Este autor, desde la sociología, intentaba poner al día las lógicas de la violencia, más allá del escepticismo erudito y del alarmismo que genera la estadística o el periodismo. Habla de violencias salvajes y violencias modernas, que estarían acordes a una mutación inédita en la historia, a partir del siglo XVIII, en las costumbres del individuo contemporáneo en la era del consumo masificado.

Lipovetzky señala una nueva fase de la historia del individualismo occidental, en la que, en un comienzo, en las llamadas (por lo sangui-narias) “sociedades de sangre”, la crueldad de la violencia y la guerra habían sido durante milenios sus valores dominantes y legítimos. Luego llegó la barbarie que advino con el surgimiento de los Estados, que monopolizaron la violencia al servicio de la conquista y la dominación. Por último, ambos períodos habrían dejado paso a una suavización de las costumbres, cuando la violencia interindividual pasó a ser un comportamiento anómalo y degradante y la crueldad, un estado patológico. Dice Lipovetsky (1983):

la violencia desaparece masivamente del paisaje urbano, se ha convertido, junto con la muerte, en la mayor prohibición de nuestras sociedades, Se sacraliza el cuerpo, el equilibrio y la salud, se rompe el culto al héroe, se desculpabiliza el miedo, y se entroniza un nuevo

¹ En el “Acto de fundación” de su Escuela, en “Otros escritos” (p. 256), Lacan escribe que “[...] el término Escuela... Hay que tomarlo en el sentido en que en la Antigüedad significaba ciertos lugares de refugio, incluso bases de operación contra lo que ya podía llamarse malestar en la civilización.” El término militar *bases de operación* sugiere que preparaba al discurso analítico para un combate contra la pulsión de muerte que obra en la civilización.

² Luego de haberse ocupado de desarrollar en este texto, la idea de *posmodernidad*, consideró dos décadas más tarde, que esta etapa había sido de corta duración, que había servido para describir la década del 80, de relativa tranquilidad, en la que lo importante era solo el hedonismo presente en contexto europeo y propuso una nueva denominación para nuestra era: la *hipermodernidad*.

estilo de vida, nuevos valores, la retracción de la vida pública, el desinterés por el Otro, absortos como estamos por las preocupaciones privadas, los individuos se han pacificado no por ética sino por hiper-hedonismo individualista de masa. En nuestra sociedad, donde se impulsa el bienestar y la realización personal, los individuos están deseosos de encontrarse consigo mismos, de auscultarse, de relajarse en viajes, música, deportes, espectáculos, antes que enfrentarse físicamente por el honor. A ello se debe la repulsión profunda por las conductas violentas, y el aumento de la cantinela actual sobre el aumento de la inseguridad y la violencia (p. 199).

Por nuestra parte, podemos señalar la tendencia creciente a la aparición, en los últimos tiempos, de una violencia más impulsiva, reactiva y pasional protagonizada por individuos aislados, que se ubica en las antípodas de la violencia colectiva y organizada que caracterizaron las décadas del sesenta y setenta.

Es una violencia más amorfa y esporádica y que no forma parte de un plan o estrategia. Una violencia desesperada, sin proyecto, sin consistencia, que valoriza la inmediatez del “todo aquí y ahora”, como expresión de un orden hedonista. Una violencia absurda, porque se puede ser agredido y asesinado por sumas irrisorias o por esos objetos agalmáticos de nuestra civilización, como un celular o un par de zapatillas, pero que valen mucho para el que no los tiene.

Son experiencias diferentes a la violencia organizada de masa tal como señala Freud, a partir del tema de los ejércitos y de la Primera Guerra Mundial, guerra que implicó una matanza extraordinaria, que mató entre otras cosas el deseo de tener hijos (Laurent).

Ahora asistimos a una desmasificación de la violencia en que, por ejemplo, los cacerolazos, los piqueteros o indignados son más bien fenómenos no violentos de masa inorganizada, pero con expresiones aisladas de violencia individual. Entonces, la violencia y la pulsión de muerte se presentan de un modo acorde a lo que es el régimen normal de la civilización en un momento dado.

Cuando la violencia es abordada desde el psicoanálisis, es a partir de su matriz más originaria que es la violencia de “*lalengua*”,³ la lluvia de meteoritos lenguajeros que atraviesan el cuerpo. Un cuerpo que adviene a la vida en condiciones de insuficiencia motriz y desamparo, siendo este el inicio de una existencia desgarrada donde deseo y goce se confunden en una variedad de síntomas.

Desde la perspectiva clínica, ¿es la violencia un síntoma? (Miller, 2017). El síntoma en psicoanálisis implica la sustitución de una satisfacción pulsional. Tal es la definición que da Freud (2010) en *Inhibición, Síntoma y Angustia*. En el capítulo 2, define al síntoma como efecto de la represión, como signo y sustituto de una satisfacción de la pulsión que no tiene lugar. El síntoma sería el sustituto de un goce rehusado.

En línea con esto, Lacan (2013) escribe: “La castración quiere decir que es preciso que el goce sea rechazado, para que pueda ser alcanzado en la escala invertida de la ley del deseo”. Es decir que se trata de una lógica en la que el goce es rechazado en un plano, en lo Real, para ser alcanzado en otro, en lo Simbólico, en el nivel de la ley, conforme a un desplazamiento del goce, vía represión.

La legalización del goce se paga con la sintomatización que en definitiva es el destino de todo ser humano en tanto ser hablante (Miller, 2017).

Desde esta perspectiva podemos afirmar que la violencia no sería un síntoma, salvo que el sujeto intente interrogarla, hacerla pasar por la palabra analizante tomando una distancia de esta.

La violencia es la marca que implica que la represión no operó. No es el sustituto de la pulsión sino la pulsión misma. Implica, en acto, la satisfacción de la pulsión de muerte.

Hay que distinguir la violencia Imaginaria como agresividad, de la violencia como pasaje al acto en tanto Real, de la violencia Simbólica inherente al significante que marca con la imposición del significante-Amo. Cuando esa imposición falta, el sujeto puede encontrar una sustitución, imponiéndose el mismo sujeto dicho Significante, marcándose a sí mismo con tatuajes, *piercings*, cortes o maneras de torturarse

³ *Lalangue*: concepto acuñado por Lacan a partir de un malentendido en una clase del seminario que estaba dictando en 1971: “El saber del analista”. (Inédito)

y de ejercer violencia en su cuerpo, introduciendo nuevas formas del significante-Amo, pero hechos surgir desde el sujeto mismo en su individualidad, como signo de una época donde el nombre del Padre se ha ido evaporando del cenit social.

Por último una referencia ineludible a esa franja de adolescentes difíciles, chicos malos, niños solos.

Según estadísticas aportadas por fuentes judiciales,⁴ durante 2016 hubo 166 homicidios perpetrados por adolescentes de entre 16 y 18 años. Cuatro por semana. Solo el 6% involucra hechos en ocasión de robo. El resto se relaciona con enfrentamientos territoriales, femicidios y situaciones de riña.

Existen muchos chicos, niños y jóvenes que tienen un uso de la lengua y el significante que no se ordena más a partir del régimen del padre, sino más bien en función del reino del “objeto a”, cuestión que se observa en sus estilos de vida alrededor del plus de gozar, que los deja al margen del Otro, del lugar de la palabra, donde reina la precariedad de la relación con la lengua.

En muchos de ellos falta la culpabilidad y por lo tanto no están atados a una deuda Simbólica, que los ligue con el Otro, con su historia o con un legado. Más bien asumen que es el Otro quien tiene una deuda con ellos, produciendo esa rara inversión que los hace sentirse acreedores del Otro. En esta atmosfera agresiva y violenta transitan estos sujetos que como modo de relación al Otro, se sostienen en una reivindicación vacía, que es una forma de demandar aquello que se cree merecer. Nadie más es culpable, la única Ley que cuenta pasa a ser la ley de la impunidad, como una de las formas de subjetividad contemporánea.

Si no se cuenta con los signos de amor que conlleva la presencia del Otro, si no se cuenta con el Significante que los inscriba en la ley simbólica y en la función del don, estos adolescentes son capaces de hacerse de un arma real “para hacer reinar en ellos el orden de los Real de la pulsión desencadenada” (Lacadeé, 2017).

⁴ *Diario Popular*; 12 de junio de 2017

Referencias bibliográficas

Diario Popular, 12 de junio de 2017.

Freud, S., “Inhibición, síntoma y angustia”, en *Obras completas*, t. XX. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2010.

Lacadeé, P., *Los sufrimientos modernos del adolescente*. Buenos Aires: UN-SAM edita, 2017.

Lacan, J., “El saber del analista”. Seminario dictado en 1971. Inédito.

Escritos 1. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1988.

Otros escritos. Buenos Aires: Paidós, 2012.

“Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, en *Escritos 2*. México: Siglo XXI Editores, 2013.

Laurent, E., “La violencia: síntoma social de la época”. Entrevista de Mario Elkin Ramirez. Recuperado de marioelkin.com

Lipovetsky, G., *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama, 1983.

Miller, J. A., “Niños violentos”. Intervención de clausura de la 4^{ta} Jornada del Instituto del Niño, 18 de marzo de 2017. Inédito. 2017.

La violencia en el ámbito de la salud y sus actores

Hilda Mónica Dordal - Carlos Luis Mercado

La medicina comparte con los poderosos de este mundo un extraño poder de fascinación.

Jean Clavreul

Nos convocó el tema de la violencia en la vida cotidiana desde nuestra perspectiva y experiencia en el ámbito médico, ya que somos médicos y vemos formas de violencia, incluso desde el momento de la formación profesional, particularmente durante el período de la residencia médica. Violencia que está presente, muchas veces es naturalizada, en oportunidades es padecida y en otras ocasiones, ejercida. Los actores (médicos, enfermeras y personal de salud en general) rara vez nos damos la oportunidad de reflexionar sobre nuestra responsabilidad en este tema, sea cuando la ejercemos como cuando somos víctimas de violencia.

Partiendo de esta premisa y haciendo un recorte entre los diversos abordajes posibles, elegimos plantear dos ejes. El primero es aquel en el que los profesionales de la salud somos víctimas de violencia –en particular durante el período de formación– y el segundo, cuando esta es ejercida por los profesionales de la salud sobre otras personas. En este segundo caso quienes primero lo padecen son los pacientes, ya sea en el diagnóstico, tratamiento o en las prácticas que se realicen.

Recordemos que el orden médico, como afirma Clavreul, siempre está presente a lo largo de nuestra vida: desde nuestro nacimiento en la maternidad hasta nuestra muerte en un hospital, desde los exámenes prenatales hasta la autopsia. De modo que de una forma u otra habrá innumerables ocasiones en las cuales quedaremos expuestos a alguna situación que podríamos calificar de violencia en el ámbito de la salud.

Tomemos el primer eje. En la formación médica existe la opción del período de residencia, generalmente hospitalaria, que es un régimen intensivo de capacitación que dura entre tres y seis años, posee un fuerte orden jerárquico y a lo largo del cual el residente va tomando responsabilidades profesionales graduales de acuerdo al período de formación en el que se encuentre. De modo que ser residente de tercer año implica un orden jerárquico sobre los residentes de años anteriores, y así sucesivamente.

El sistema de la residencia médica es parte de la formación, la vivimos y la sufrimos; la aceptamos como parte de nuestra etapa de estudio y está plagada de situaciones que consideramos habituales y por tanto no se cuestionan. Ha sido nuestra propia experiencia.

Como ejemplo tenemos lo que se denomina “los pases de sala”, actividad cotidiana que en forma masiva realizan los médicos residentes de 1.er, 2.do y 3.er año, en muchas oportunidades acompañados también por alumnos de facultad y especialistas, todos reunidos al pie de la cama del paciente hablando de los síntomas y dolencias, discutiendo el diagnóstico, etcétera. Se forma un escenario en el cual queda expuesto el paciente; pero también es habitual que los residentes más avanzados, los jefes de servicio y especialistas realicen preguntas difíciles –algunas casi sin respuesta– a los más jóvenes. Es este un ejercicio de poder humillante que no tiene más función didáctica que reafirmar el orden jerárquico. ¿No es esto violencia?

Por ejemplo, si un joven residente de primer año decide cambiar una sencilla indicación de una práctica (cuyo horario puede modificarse) con el argumento que coincide con el cambio de turno de enfermería y esto es inconveniente, el jefe de residentes reacciona con el único argumento de la autoridad. Sin ningún beneficio para el paciente.

En un trabajo descriptivo publicado en la *Revista Médica del Uruguay* en 2011, “Trabajadores médicos jóvenes: violencia en el ejercicio de la residencia” (2007), se analizaron los datos obtenidos estadística y cualitativamente de los relatos de situaciones de violencia identificadas en el marco de la residencia médica en ese país. En los resultados, sus autores afirman que el 69% de los residentes percibieron situaciones

de violencia, de las cuales la más frecuente fue la de violencia psicológica, también de privación o abandono e incluso se detectó violencia física en el 7% de los casos relatados. Si bien se vio un predominio de mujeres en la participación, en los resultados finales no se describieron diferencias de género.

En este trabajo se tipifica las agresiones recibidas por el personal de salud desde el punto de vista sociológico, a saber:

- Agresiones verbales vinculadas con situaciones críticas o límites de salud.
- Imagen del colectivo social del médico, actualmente pacientes más demandantes y situaciones agresivas, pérdida de respeto.
- Violencia relacionada con la sobrecarga laboral, obligatoriedad de guardias sin descanso compensatorio y con poco apoyo.
- Discriminación, amenazas y humillación desde los propios compañeros y superiores (especialistas, jefes de residentes, etc.), frente a los pacientes y al resto de los residentes.
- Condiciones y medio ambiente de trabajo, falta de lugares para descanso, baños sucios, etc.

En cuanto a los agentes de violencia, son familiares de pacientes, compañeros y pacientes, en ese orden.

Considerando la residencia como un trabajo, vemos que la violencia en ese ámbito constituye uno de los riesgos laborales para la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y es entendida como:

(...) toda acción, incidente o comportamiento que se aparta de lo razonable mediante la cual una persona es agredida, amenazada, humillada o lesionada por otra en el ejercicio de su actividad profesional o como consecuencia directa de la misma. Se entiende como consecuencia directa un vínculo claro con el ejercicio de la actividad profesional.

La Organización Mundial de Salud (OMS) clasifica la naturaleza de las formas de violencia vivida en: físicas, sexuales, psíquicas, basadas en las privaciones o abandono. (Organización Panamericana para la Salud, 2002). Asimismo, la OMS denuncia que:

(...) un 25% de los incidentes de violencia laboral ocurren en el sector sanitario. La institución hospitalaria produce, necesariamente, zonas de riesgo permanente debido a la imposibilidad de lograr una adaptación ajustada a las diferentes y contradictorias necesidades tanto el medio interno como el externo. (*Revista Cubana de Salud Pública*, 2008).

En otro estudio hecho en la provincia de Buenos Aires (Morón), titulado “Evento adverso y violencia en el ámbito médico sanitario”, nos muestra resultados más alarmantes aun: el 91% recibieron agresiones durante su trabajo, el 28% registraron inconvenientes laborales por su condición sexual y el 88% siente a su trabajo como una zona de riesgo. Y concluye:

La agresión hacia los médicos, en todas sus variables es un hecho cotidiano (...) Pueden generar eventos adversos que comprometen seriamente la seguridad del paciente y aparejar en forma paralela aumento de los costos en salud.

Existe un conflicto entre el conocimiento médico y el conocimiento común. Las organizaciones asistenciales son complejas y en ellas confluyen diferentes mundos que no siempre favorecen compromisos estables y cooperativos. A partir de esta situación analizamos nuestro segundo eje – la violencia hacia los pacientes– en alguna de nuestras prácticas, como, por ejemplo, la instancia diagnóstica.

En el trabajo “Violencia hospitalaria en pacientes”, publicado en la revista *Ciencia y Enfermería* (2003) se afirma que:

La violencia, tan antigua como el hombre mismo (Domenach, 1981), es un tema prioritario de investigación debido al considerable aumento que ha presentado en los últimos decenios, atravesando fronteras, edad, raza, condición socioeconómica, religión y sexo (...) (Consejo Internacional de Enfermería, 1999), (...) además de las diversas consecuencias que tiene en los individuos, familias y comunidad en general, efectos también reconocidos en el ámbito de la salud de las personas, lo que ha llevado a pensar en este fenómeno como una epidemia (OMS, 1996).

En otro trabajo, “Encuesta nacional de comportamientos disruptivos en el equipo de salud” (2014) publicado en *Revista Médica del Uruguay*, lo disruptivo se entiende como un comportamiento perturbador o conducta personal, ya sea verbal o física, que afecte negativa o potencialmente la atención del paciente. Los datos demostraron una alta incidencia de estas conductas en médicos y enfermeras.

Podríamos concluir afirmando que es muy alta la posibilidad de ejercer violencia en el momento de dar un diagnóstico, ya que este tiene connotaciones de “sentencia” que muchas veces puede no ser una buena noticia. Cuando en el servicio de Neonatología se le dice a una mujer que acaba de parir que su hijo necesita permanecer allí en vez de ir a la habitación con ella, ¿estamos preparados para comunicarles esto a los padres y al mismo tiempo generar contención y alivio, y no un sentimiento adverso?

El doctor René Favalaro (1980) en su libro *Recuerdos de un médico rural*, expone su preocupación acerca de cómo explicarle a un paciente un diagnóstico con un lenguaje adecuado para que pueda entenderlo y aceptarlo. Pero en la práctica de la medicina actual, con su ritmo vertiginoso y el tecnicismo, solemos olvidar a la persona que tenemos enfrente y sus necesidades, particularmente en el momento de recibir una noticia como el diagnóstico médico.

Por su parte, Jean Clavreul dice que el discurso de la medicina despoja por igual al médico y al paciente. El médico llamado a acallar sus sentimientos se borra, en cuanto persona, ante las exigencias de su saber y el enfermo, en cuanto individuo, se borra ante la enfermedad.

Cerramos nuestra exposición con una cita del libro de Francisco Maglio (2017), *La dignidad del otro*, que refiere a la posibilidad de dar bien las malas noticias: “Al confundir comunicación con información en la relación médico–paciente, la despojamos de su contexto humano, de la interrelación personal que debe primar en nuestra relación con los pacientes”.

Referencias bibliográficas

A.A.VV., “Violencia hospitalaria en pacientes” en *Revista Ciencia y enfermería*, Santiago de Chile, 2003.

A.A.VV., “Impacto de las condiciones laborales en la salud de trabajadores de un centro quirúrgico” en *Revista Cubana de Salud Pública*. Cuba. 2003.

A.A.VV., “Encuesta nacional de comportamientos disruptivos en el equipo de salud” en *Revista Médica del Uruguay*, Uruguay, 2014.

Favaloro, R., *Recuerdos de un médico rural*. Buenos Aires: Ediciones S.D.D.R.A., 1980.

Maglio, F., *La dignidad del otro*. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2017.

Organización Panamericana para la Salud (OMS), *Informe Mundial sobre la violencia y la salud*. Washington. DC., 2002.

Trauma y ruptura

(Heridas a la espera de un cuerpo)

Daniel Ripesi

Voy a leer un brevísimo pero contundente poema de Salvatore Quasimodo que, espero, pueda tomar en lo que sigue una especial significación. Dice así:

Cada uno está solo sobre el corazón de la tierra
traspasado por un rayo de sol,
y de pronto... anochece.

Reflexionamos en esta mesa acerca de lo que hace violencia en el día a día, y yo me pregunto específicamente si ella irrumpe en nuestras vidas como una noche súbita e inesperada o si nos sumergimos y vivimos en su negrura casi sin darnos cuenta.

Para intentar orientarme en esta vacilación voy a partir de una idea planteada por Freud en “Más allá del principio del placer”. En ese texto (tomando como modelo las “neurosis de guerra”), Freud afirma que las eventuales heridas o marcas que pueda dejar un hecho violento atenúan decididamente su efecto traumático, lo que a su vez puede pensarse en su formulación inversa, es decir: *si un hecho violento no deja marcas visibles en el cuerpo se torna para un sujeto muchísimo más devastador.*

Se entiende: sin herida o desgarró nada estrecha el sufrimiento a una cierta medida, y sin cicatriz se pierde el soporte material para la elaboración de un relato. De modo que el acontecimiento traumático carecería entonces de escenario preciso y de historia que narrar.

Lo violento –desde esta perspectiva– no tiene siquiera inscripción en las coordenadas de un tiempo y de un espacio que le sea propio y singular: la extensión corporal no lo registra y el orden temporal lo desconoce. Se paraliza de este modo en el devenir subjetivo la vigencia relativa de un pasado y la propensión a cierto porvenir. La compulsión a repetir atestigua esta parálisis.

La víctima de un suceso traumático suele lamentarse de que después de dicho acontecimiento “ya no es el mismo” y, por otra parte, “el que era” se ha vuelto para él un antecedente demasiado ajeno, mientras que el “actual” está tomado por un extrañamiento sumamente perturbador. Sobrevive –como diría Bion– sin memoria ni deseo.

Fernando Pessoa (en *El libro del desasosiego*) se pregunta “¿Quién es ‘ese’ que está entre mí y mí?”. El sujeto “del traumatismo” habita ese enigmático intervalo y –salvo que sea poeta– no tendrá demasiado palabras para nombrarlo.

De este modo, lo violento del trauma se concilia con los versos de Quasimodo en el sentido de presentarse como una noche repentina, y suma así otro carácter que se presume necesario para el efecto traumático: la sorpresa. Se trata del estupor que se da cuando un devenir de pronto se interrumpe provocando la repentina pérdida de un tranquilizador sentimiento de continuidad.

Súbita catástrofe, entonces, en donde ya no se sabe muy bien si lo verdaderamente perturbador es lo “que de pronto –y efectivamente– ha sucedido” al sujeto, o más bien aquello que inesperadamente “ha dejado de ocurrir”: la trama confiable y descontada de un devenir.

En este sentido, Winnicott advertía que –en algunos casos– lo verdaderamente traumático no era “eso” que le había sucedido a un sujeto sino aquello que debiendo haber ocurrido no había sucedido.

Lo cierto es que de un modo u otro, con la irrupción de ese repentino intervalo en el que, o bien se precipita un exceso, o bien se confirma un vacío, el sujeto queda sin palabras.

Respecto de esta última alternativa (quedarse sin palabras), me gustaría detenerme un momento para pensar una vertiente del fenómeno traumático que resulta mucho menos evidente, porque los sujetos asimilan su violencia sin el menor sobresalto. En esta inercia el sujeto

también queda sin palabras, pero no por efecto del espanto sino por una pérdida progresiva de su sensibilidad.

Dejando a un lado, entonces, los episodios más dramáticos de las noches súbitas, nos enfrentamos a una violencia que se inaugura subrepticamente con el desayuno de cada mañana y muy, pero muy especialmente, con la lectura de los matutinos.

En este caso, quedarse sin palabras no es necesariamente quedarse atónito y sin poder hablar, sino pactar una silenciosa connivencia con la banalización de los discursos a que somos sometidos. Es una violencia más bien lenta que, irradiada de manera persistente por diversos dispositivos comunicacionales, provoca la pérdida gradual de lo único que mantiene verdaderamente vivo al lenguaje: su erótica.

Es la erosión minuciosa y eficaz de lo más propio y singular de un decir y, en todo caso, del sujeto mismo como portador y habitante de un discurso. Se produce de ese modo la inclusión consensuada de cada quien en una categoría tan amplia como homogénea: la de “la gente”.

Por supuesto, hay exégetas expertos en fundamentar y convencer a la propia “gente” de lo que ella verdaderamente piensa, opina, quiere y exige. Pero hay un detalle sumamente más decisivo: esta abstracción designada como “la gente” carece de los rasgos íntimos y de las marcas propias de una historia y de un territorio personal. Dicho de otro modo, la gente configura una entidad que carece de cuerpo en donde, entre otras cosas, pueda inscribir sus heridas.

Ahora bien, respecto de esta “carencia de cuerpos” para la inscripción de lo traumático, hay una variante más a la que, para concluir, me gustaría referirme brevemente. Se trata del caso en que las heridas producidas en un determinado momento histórico se ven obligadas a esperar a que un “cambio de época” les ofrezca finalmente los cuerpos en donde poder encarnarse. Por ejemplo, cuando en décadas pasadas algunos hombres agredían físicamente a quienes ellos consideraban “sus” mujeres, la variable proporción de hombres que no ejercían este tipo de violencia se pensaban a sí mismos como absolutamente diferentes de aquellos otros.

El sentido común establecía así una clara diferencia entre los hombres que eran violentos (a quienes se calificaba de “golpeadores”) y aquellos “otros” que parecían ser incapaces de agredir a una mujer. Estos

últimos argumentaban, para diferenciarse de los otros, que “pegar a las mujeres era cosa de cobardes”. Lo curioso, como se ve, es que para establecer esta diferencia (que daba a unos la dignidad de “caballeros” y a otros la de “animales”) usaran un argumento profundamente “machista”: “a las mujeres no se les pega porque son más débiles”.

Cuando en la actualidad se habla de “violencia de género” y se califica de femicidios a lo que hasta no hace mucho tiempo se consideraban “crímenes pasionales”, lo que vemos producirse no es un simple cambio de términos para nombrar un mismo fenómeno, sino un cambio de los cuerpos que obliga a nuevas elaboraciones simbólicas de las heridas producidas. Y en tanto han cambiados los cuerpos, se hace evidente una circunstancia que no podía advertirse anteriormente, una inquietante equivalencia entre aquellos hombres que se señalaban como golpeadores y aquellos otros que se consideraban a sí mismos no violentos.

Por supuesto, esta violencia no se traducía en ambos casos en una agresión directa sino en que todos ellos compartían una lógica que les reservaba el privilegio de administrar de manera “discrecional” el ejercicio de la agresividad. Agresividad que, por otra parte, es un factor esencial para llevar adelante cualquier transformación posible de la realidad y esto es lo que precisamente se quiere evitar con su captación exclusiva.

Esta enajenación solo podía llevarse a cabo con cierta anulación del potencial agresivo de los cuerpos de las mujeres y con un único fin: perpetuar un determinado esquema de poder.

En resumen, la expresión “crimen pasional” disimulaba una herida que necesitaba, para poder inscribirse como “femicidio”, el cuerpo de una mujer que no estuviera atrapado en un orden de carácter patriarcal.

Las heridas de la mujer –parafraseando una idea de Bousquet– esperaban el advenimiento un nuevo cuerpo en el que poder encarnarse. Sin embargo, como sabemos, que lo que no se inscribe, insiste. Hace apenas unos pocos meses se rechazaba una ley para el aborto seguro, legal y gratuito. Podemos entonces preguntarnos sobre qué cuerpo se legisló ese rechazo y cuál es la inscripción simbólica que se evitó con tanta obstinación.

Lo cierto es que, por ahora, esa ausencia de ley inscribe demasiada muerte en el cuerpo de algunas mujeres; seguramente, en los cuerpos más pobres y vulnerables.

Violencia del lenguaje

Juan Pawlow

I

Aun cuando la lengua nos condene fatal e irremediablemente al equívoco, la polisemia del término “violencia” y la del sintagma “vida cotidiana” parece quedar restringida y no generar dudas respecto a los sentidos que definen. En cambio, si ponemos esos términos en conjunción, como lo hace el título de nuestro panel: “La violencia en la vida cotidiana”, la significación resultante varía dependiendo considerablemente del contexto al que se aplica.

En efecto, no se trata de la misma violencia cotidiana hoy que la de los últimos años de Siria; no es obviamente equivalente la violencia en épocas de guerra o de paz. Ni siquiera se trata de la misma violencia cotidiana en el centro o en la periferia de las grandes ciudades latinoamericanas, para dar un ejemplo.

La idea de este ensayo es que la violencia que vivimos nosotros (y aquí constituyo un conjunto arbitrario, pero creo que abarca a la mayoría de los presentes en estas jornadas) es una violencia que se ejerce a través del lenguaje, se ejecuta con frases y palabras, y su punto máximo de eficacia es el arrasamiento del sujeto.

Nuestra cotidianidad, conformada por días y días que se arrastran menudos –constituyendo una serie más o menos continua de rutinas, penas y alegrías, pequeños fracasos y placeres–, es raramente interrumpida por el estrépito de un disparo, por la furia de una trompada. Y sin embargo, son situaciones que están en el horizonte presentes como amenaza, aun cuando su ocurrencia sea excepcional. Y cuando suceden se rompe la cotidianidad; por eso, quien sufrió algún episodio por el

estilo lo pueda fechar, no se pierde en el resto de días más o menos difusos de nuestras vidas, se recuerda lo sucedido con detalles o se hacen esfuerzos para olvidar y retomar, reconstruir, justamente, lo cotidiano.

Si decimos que la violencia de nuestra vida cotidiana se ejerce sobre todo con palabras, debemos referirnos en primer lugar a los insultos y para ello, citaremos a Ivonne Bordelois (2006):

Cuando la violencia se apodera del lenguaje tenemos la repetición compulsiva del insulto –boludo... hijo de puta...-. Cuando es el lenguaje quien se apodera de la violencia tenemos a Esquilo, a Shakespeare, a Quevedo, a Isaías, a Cristo: la maldición sacra, el exorcismo necesario, la expulsión de los demonios íntimos y sociales.

La idea de Bordelois es que “la palabra poética es violencia contra la palabra establecida”.

Lacan ha afirmado algo en la misma línea: “la lengua es el fruto de una maduración que se cristaliza con el uso, la poesía depende de una violencia hecha a este uso”(Lacan, 2005).⁵

No vamos a tomar aquí la vertiente del insulto sino otro sesgo de un uso del lenguaje que genera una violencia en principio menos estridente, más sorda, pero que puede llegar a tener efectos devastadores: es la violencia de los sentidos establecidos,⁶ la que va generando mal humor social, intolerancia, tensión creciente en las relaciones con el otro.

⁵ Lacan en ese punto agrega algo más, respecto de esa violencia que ejerce la poesía sobre la lengua: “La filosofía hace todo lo posible por borrarla”. Excede el marco de este trabajo seguir con el desarrollo de este asunto, pero no podemos dejar de preguntarnos: ¿a qué filosofía o a qué filósofo alude Lacan aquí? El mismo nos da una pista, instantes antes en esa misma reunión del seminario había mencionado el *Cratilo*; no pareciera ser la cuestión entonces la consabida exclusión de los poetas de la República ideal lo que está en juego aquí, sino más bien ese esfuerzo denodado que en *Aun*, Lacan lee en el *Cratilo*: “Distinguir la dimensión del significante cobra relieve solo si se postula que lo que se oye no tiene ninguna relación con lo que significa... todo un discurso... se trata del *Cratilo* del mentado Platón, está construido por el esfuerzo de mostrar que tiene que haber, al fin y al cabo, una relación y que el significante quiere decir, de suyo, algo. Este intento, que nosotros, desde donde estamos, podemos calificar de desesperado, está signado por el fracaso” (Lacan1981, p. 40).

⁶ Habría que recordar además, en este punto, que Roland Barthes ha dicho que “la lengua no es ni reaccionaria ni progresista: es simplemente fascista, ya que el fascismo no consiste en impedir decir, sino en obligar a decir” (Barthes, 2003). El sesgo que toma Barthes es que la estructura misma de la lengua implica una alienación. Nuestro recorrido apunta a otro aspecto no menos estructural: el hecho de que la lengua inevitablemente segrega sentidos y estos afectan el lazo social.

II

Retomaremos algunas cuestiones planteadas en el panel “La segregación hoy” presentado en las jornadas de Medifé en Mendoza en 2017.

Las políticas segregatorias se establecen cuando hay una opinión formada en gran parte de la población, que no es más que una serie de sentidos establecidos que poco tienen que ver con hechos reales o, a lo sumo, unos pocos hechos reales alcanzan para generalizar y estandarizar una opinión que no es puesta en discusión.

“La culpa la tienen los judíos”, “los negros son todos chorros”, “los extranjeros vienen a ocupar el lugar de los argentinos en las universidades” son algunas frases que ilustran la cuestión. Se podrían agregar varias más, pero lo que importa considerar es que estas opiniones no son un producto del libre albedrío de cabezas bien pensantes, sino más bien son construcciones discursivas que alcanzan su mayor eficacia cuando quien las emite está absolutamente convencido de su certeza y las considera propias (es decir, el Yo en su función de desconocimiento no reconoce su alienación).

Ramón Alcalde demuestra cómo se constituye en Francia de finales del siglo xix el antisemitismo político de la mano de Edouard Drumond (que con prontitud llegó a las páginas de *La Nación* en la pluma de Hugo Martel). Alcalde (1996) afirma que la práctica de Drumond es mitologizante:

Construye su artefacto sincrético, El Judío, mediante la adición aparentemente caótica de rasgos negativos e imputaciones truculentas, que extrae de los discursos más diversos y hasta recíprocamente excluyentes: historia, sociología, etnografía, religión, literatura, medicina. Pero ese caos recibe sentido unitario a través de sucesivas operaciones dialécticas y retóricas. (El subrayado es mío).

Ese sentido unitario es el que segrega y el que segregará una violencia cada vez mayor. El antisemitismo político mostrará su cara más feroz cuando el partido Nazi tome el poder en Alemania. Allí se produce una espiral creciente: segregación, expulsión y finalmente exterminio. ¿Y quienes llevaban a cabo día a día dichas políticas? Hanna Arendt

(2003) da la respuesta: “los asesinos no eran sádicos, ni tampoco homicidas por naturaleza”. Es decir que no eran monstruos excepcionales, sino personas comunes que ejercían una cotidiana violencia comandada por una maquinaria discursiva construida por una ideología totalitaria. Eso sí, eran personas que se ofrecían gozosas a ser una parte instrumental de esa maquinaria.⁷

Esto no es privativo del nazismo. Como señala Contardo Calligaris (1987): esta pasión por la instrumentalización “es el ordinario de la vida social, y su inercia natural”.

Volvamos a Hannah Arendt (2003):

Eichmann solo necesitaba recordar el pasado para sentirse seguro de que no mentía y de que no se estaba engañando a sí mismo, ya que él y el mundo en que vivió habían estado, en otro tiempo, en perfecta armonía. Y esa sociedad alemana de ochenta millones de personas había sido resguardada de la realidad y de las pruebas de los hechos exactamente por los mismos medios, el mismo autoengaño, mentiras y estupidez que impregnaban ahora la mentalidad de Eichmann (...).

Mentalidad amurallada, sostenida por clichés carentes de realidad “como los clichés con los que la gente había vivido durante doce años”.

Esas frases hechas constituyeron el sentido común de esa época en Alemania (y no sólo allí), producto de una política de lenguaje que justificó la matanza. Cito una frase de la poeta y psicoanalista Perla Sneh (2012, pág. 26): “Shoah y desaparecidos son marca de una específica política de lenguaje guiada por la voluntad de arrasamiento del sujeto como paso previo necesario al exterminio sistemático de los cuerpos”.

⁷ La cuestión es compleja. Véase por ejemplo las páginas 122-123 del texto de Perla Sneh citado más adelante que discute la caracterización de “meros burócratas”: “Eran abogados, historiadores, juristas, expertos en literatura, en economía, en sanidad, que eligieron participar en lo que consideraron una gran empresa de reestructuración del mundo”.

III

La organización del exterminio nazi fue un hecho excepcional (aunque de ninguna manera el único en la historia). Pero incluso lejos de aquel horror, en cualquier período, gran parte de la violencia que se respira en la vida cotidiana se sustenta en una estructura discursiva similar constituida por una serie de frases hechas, monolíticas, cristalizadas que se lanzan como verdades absolutas y que, para quien las profiere, no necesitan argumentación –clausurando cualquier debate–.

Entre las posibilidades de la lengua está la poética y también las palabras que circulan, no ya como moneda gastada, sino como piedras rebosantes de sentido monolítico (que, en rigor, como palabras agonizan o están directamente muertas). Y entre ellas hay algunas que cobran un prestigio peculiar porque parecen adquirir un aval en el llamado lenguaje técnico (que se desliza corrientemente en un cientificismo dudoso) que reduce la significación al máximo, impera en él un sentido estandarizado y homogéneo. Ese sentido así construido valida políticas: económicas, sociales y por supuesto, políticas de salud. Hay un hecho cotidiano de la práctica de la salud mental que propuse nombrar como “la violencia del diagnóstico”, que abusa de ese sentido.

Es un tema habitual recibir consultas en las que la pregnancia de un diagnóstico anterior es tan fuerte que no parece poder discutirse. Y esa nominación no es inocua, sino que exige prácticas –terapéuticas, medicamentosas, etc.– que son muy difíciles de poner en cuestión. Generalmente son aplicaciones de algún manual psiquiátrico, en donde la clínica del caso por caso queda desterrada, porque es el sujeto el que es desterrado.

Lacan (1984, p. 205) define tempranamente un psicoanálisis como un “experiencia dialéctica”, en principio porque un significante no se significa a sí mismo (se produce allí un efecto sujeto); en un análisis, palabra tan simples y aparentemente inequívocas como “mamá” o “papá” deben entrar en cuestión, hay que enrarecerlas (Jinkis, 2010, pág. 47). En definitiva: ¿qué es un papá? ¿qué es una mamá? ¿No son preguntas que en rigor exigen una respuesta singular? El psicoanálisis “es un sesgo práctico para sentirse mejor” (Lacan, 1976) y lo es porque cuestiona

el goce adherido a algunas palabras, a ciertas frases, que para el neurótico toman sentido unívoco.

Para poder transmitir de modo sucinto este sesgo, tomemos la observación que Freud (1976, p. 253) hace respecto de la melancolía: “en los análisis puede comprobarse (...) que esas quejas monocordes, fatigantes en su monotonía, provienen empero en cada caso de una diversa raíz inconsciente”.

Es decir, donde el melancólico convalida un sentido unívoco, la experiencia analítica apuesta a la diversidad del cada vez de la enunciación, o sea, al sujeto. Sin esa posibilidad –o esa apuesta– sabemos que esa reiteración monocorde exaspera, porque ese automartirio gozoso muestra su componente tanático. El parentesco de esa posición con la neurosis obsesiva es evidente, de ahí que la dialectización analítica pase por “histerizarlo” (que el agente del discurso sea el sujeto) (Lacan, 1992, p. 33).

Estas rápidas menciones al hacer analítico permiten situar mejor de qué se trata lo que hemos llamado “violencia del diagnóstico”. Desde ya que no es una violencia comparable a la que evocamos antes –la que condujo al exterminio–. Se ubica en otro registro, pero hace a la cotidianidad de lo que escuchamos en nuestra práctica. Aclaremos, además, que es consecuencia de una acción que pretende las mejores intenciones terapéuticas, sin embargo, hay algo de ella que conlleva –porque el lenguaje lo permite– el borramiento del sujeto. Y creo que consiste en lo siguiente: donde el relevamiento técnico de signos concluye en un diagnóstico pretendidamente objetivo, nosotros leemos la renuncia a considerar la singularidad. El diagnóstico así construido da tal consistencia al ser, que esa posición de objeto (en principio objeto de clasificación, pero no solo eso) lo releva de su responsabilidad subjetiva (ideal para la cobardía del obsesivo ante el deseo, el sacrificio gozoso de la histérica o para padres que consideren que no tienen implicación en lo que le pasa a su hijo).

Son formas sutiles de violencia –insistimos: no pueden compararse con otras–, pero no hay que olvidar que muchas veces confinan una vida prefigurando un destino atado al nombre de una enfermedad.

Referencias bibliográficas

Alcalde, R., “De judíos, dineros y Bolsas: Drumont, Bloy, Zola, Martel”, en *Estudios Críticos de poética y política*. Buenos Aires: Ediciones Sitio, 1996.

Arendt, H., *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Lumen, 2003.

Barthes, R., *El placer del texto y Lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del Collège de France*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

Calligaris, C., “La seducción totalitaria”, en revista *Psyché*. Brasil: Universidad San Marcos, 1987.

Freud, S., “Duelo y melancolía” en *Obras completas*, t. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

Jinkis, J., *Indagaciones*. Buenos Aires: Edhasa, 2010.

Lacan, J., *L'insu que sait de l'un-Bevue s'aile 'a mourre*, (14/12/76), inédito, en COLOFÓN, Boletín de la Federación Internacional de Bibliotecas del Campo Freudiano (25), España, 2005.

Aun. Seminario libro 20. Buenos Aires: Paidós, 1981.

Intervención sobre la transferencia. Escritos 1. Buenos Aires, Siglo XXI, 1984.

El reverso del psicoanálisis. El seminario, libro 17. Buenos Aires: Paidós, 1992.

Seminario *L'insu que sait de l'une bévue s'aile à mourre*, lección del 15/3/77, en COLOFÓN, Boletín de la Federación Internacional de Bibliotecas del Campo Freudiano (25), p.32. España, 2005.

Sneh, P., *Palabras para decirlo. Lenguaje y exterminio*. Buenos Aires: Paradiso, 2012.

EDITA **Fundación
Medifé**

COLECCIÓN
**LECTURAS
ÉXTIMAS**